

Querer curarse no depende del adicto sino de que aprendas a ayudarlo. ©

©2010 Pablo Rossi I.S.B.N.: 987-1059-Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Hay un viejo mito que dice que si el adicto no pide ayuda por propia iniciativa, no se puede curar. Nada más lejos de la realidad. Afortunadamente esto se daba hace unos 30 años atrás.

Hoy, con los avances de la medicina, psicología y psiquiatría, se sabe que: **SI LA FAMILIA ES ORIENTADA POR ESPECIALISTAS, EN LO QUE SE DENOMINA TÉCNICAS DE INTERVENCIÓN (INTERVENTION), EL ADICTO EN ALGÚN MOMENTO HACE EL CLICK, QUE LO LLEVA A TRATARSE.**

Por supuesto que si una persona se trata por motus propio hace más fácil la adherencia al tratamiento, pero **ES TOTALMENTE NORMAL y ESPERABLE QUE EL ADICTO SE OPONGA A TRATARSE.** Lo que ocurre es que su dependencia a la droga, alcohol u actividad adictiva **lo hacen negar que necesite tratamiento, considerando incluso que los equivocados son sus padres o familia y no él.**

Algunos padres ante esta situación deciden bajar los brazos y resignarse a que su hijo con el tiempo se convierta en un adicto que cada vez más incursiona en un camino sin retorno, desperdiciando un tiempo importantísimo en la vida de la persona.

En este sentido trabajamos con lo que llamamos técnicas de **INTERVENCIÓN** (grupos de orientación a Familiares, terapias de intervención o la intervención en la casa del adicto) que son estrategias familiares para el cambio con la supervisión de un profesional especializado y que permiten al adicto tomar contacto con la problemática por la cual está atravesando, para luego pedir ayuda.

Es fundamental entender que al adicto de nada le sirven las palabras porque él vive en una especie de cápsula. Sólo pueden hacerlo reaccionar hechos reales y concretos, las denominadas "situaciones límite" que le hagan ver la necesidad de un cambio. Ante un hijo adicto los padres tienen dos posibilidades para que se cure: esperar pasivamente y de brazos cruzados a que se den las situaciones límite naturales con lo negativo que esto implica, o bien, tomar el "toro por las astas" y comenzar activamente a vencer la enfermedad del hijo, en lo que denominamos situaciones límite provocadas por las intervenciones

1) **Situaciones límite naturales.** La familia debe esperar que se produzca un deterioro físico evidente en el adicto o que haya caído en prisión varias veces o sufrido la pérdida de un trabajo, de un afecto importante u otras situaciones dolorosas, es decir, algo que lo haga entrar en crisis y que le haga sentir la necesidad de cambiar. Para llegar a esta etapa debe transcurrir un período promedio de cinco o seis años, en los que el adicto va acrecentando la dependencia hasta que pierde el control sobre la droga y "toca fondo".

2) **Situaciones límite provocadas:** que son las acciones incluidas en la **INTERVENCIÓN**. Las mismas constan en realizar acciones guiadas por un Equipo Terapéutico especialista en adicciones para que la persona tenga la oportunidad de cambiar antes y evitar el deterioro -a veces irreparable- que se produce hasta que se da una situación límite natural. Para influir sobre el adicto se elaboran estrategias familiares que consisten en la planificación y puesta de límites por parte de los padres. Por ejemplo: se le fijan horarios concretos para que llegue a la casa, se le exige puntualidad para la hora de las comidas principales, se le impide salir a juntarse con el grupo con el cual se droga, se le quitan privilegios etc. El adicto producto de su enfermedad tiende a cosificar a sus seres queridos: su casa no es su hogar sino un hotel donde se provee los alimentos, cama y ropa limpia, sus padres pasan a ser los sostenedores de sus adicciones. Marcelo, adicto recuperado nos dice: *"Era casi un monstruo, ya no veía a mi vieja como la persona que me amaba y me dio la vida, sino como alguien a quien le podía robar dinero y sostener mi adicción"*. En casos extremos, y luego de haber planteado límites acordados con la familia de

acuerdo a su proceso, incluso, puede llegarse a que se le quite el privilegio de vivir en la casa familiar. Para lo cual tiene que haber un proceso adecuado y un entendimiento de la situación que se esta viviendo por parte de los padres. Esto es algo que se hace con un acompañamiento específico del Equipo Terapéutico y en situaciones puntuales. La puesta de límites tiene que ver con poner una pauta y responsabilizarse por las consecuencias. De no cumplirse un límite debe de haber una consecuencia, algo tiene que pasar.

Ponerle límites a un hijo sobre todo cuando esto no se hizo antes puede ser doloroso, pero si recordamos que cuando nuestro hijo era chico no dudábamos en darle una medicina por mas "feo gusto" que tuviera si esta lo curaba, entenderemos las similitudes. La persona adicta puede ser cronológicamente adulta e incluso tener 60 años pero emocionalmente es un niño. La INTERVENCION consiste en acciones que pueden tener "feo gusto" o no agradar a la persona pero absolutamente necesarias para vencer, no a nuestro hijo, sino a la enfermedad que lo aqueja. Hay padres que ante la muerte inminente de su hijo y con la supervisión profesional, con la firmeza necesaria echaron de la casa a un hijo. O bien la mujer de un alcohólico le cambio las llaves de la casa, le puso una valija en el hall del departamento y le inicio el divorcio. Mariana nos cuenta: *"Tomás, mi marido, cuando lo conocí tomaba alcohol como cualquier persona normal. Después de la quiebra de su empresa, comenzó a tomar descontroladamente. Con mis hijos pasamos etapas de entendimiento por lo que estaba pasando, de impotencia, de bronca y desesperación. Siempre estuvimos ahí para apoyándolo. Fuimos a psicólogos, psiquiatras, y también lo acompañamos a Alcohólicos Anónimos. Pero nada daba resultado. Le advertí mil veces que cambiara: era el alcohol o su familia. Mis hijos lloraban y suplicaban "¡¡¡Papá, basta!!!". Hasta cuando iba a desaparecer y aparecer 2 días después, sucio, sin saber que le había pasado, o aparecerse a la mañana del otro día, ebrio, a la vista de todos los vecinos y nuestra. Hasta que una amiga me recomendó Fundación Manantiales. Ahí, junto a mis hijos aprendimos que teníamos que poner un límite a esta situación. No con amenazas o advertencias sino unidos como familia contra la enfermedad de mi marido. Lo amaba profundamente pero sabía que si seguía en ese camino le quedaba poco tiempo de vida. Con dudas pero con el apoyo de los profesionales, le dijimos que no íbamos a ser cómplices de su muerte y que eligiera entre el alcohol o su familia. El*

eligió. Desapareció por 3 días, pero cuando volvió le cambiamos la cerradura de la puerta y le dijimos que hasta que no comenzara un tratamiento y se curara no volviera a casa. Si comenzaba el tratamiento, estamos 100% con él, pero si no lo hacía que se olvidara de nosotros. Nos costo, nos dolió, tuvimos miedo, pero gracias a nuestra firmeza Tomás se internó, se recuperó y volvió a ser el de antes... o mejor. En ese momento nos odio, pero hoy valora profundamente lo que hicimos por él. Es que no era él, era su enfermedad que lo manejaba. Hoy trabaja, hace deportes, salimos y mas allá de los problemas que tiene cualquier familia, puedo decir que somos felices y que mi marido volvió a vivir."

Esta decisión que tomó Mariana como mujer o las que toman muchos padres que deciden luchar contra la enfermedad de su hijo, como planteábamos anteriormente, debe ser, en todos los casos, supervisada por el terapeuta ya que si bien es muy efectiva, no debe confundirse con algunas medidas que toman espontáneamente los padres, quienes en un momento de enojo o de ofuscación echan a al hijo adicto porque no los soportan más o porque se avergüenzan de tener que mostrar diariamente a la sociedad el espectáculo de tener un hijo "inadecuado". Lo que se propone es una estrategia basada en el amor y en el deseo de ayudar al hijo a curarse. Es un acto perfectamente planeado y controlado cuyo objetivo es demostrarle de manera inflexible que para gozar del privilegio de vivir con una familia tiene que cumplir con las pautas que rigen en el hogar.

Se trata de no seguir "alfombrándole" el camino, perpetuando una conducta disfuncional que lleva al adicto a tomar la casa como un refugio en el que puede comer, bañarse, dormir y encontrar la ropa limpia y ordenada, lo cual le facilita la vida y le permite dedicarse cómodamente a salir y drogarse, que a esa altura es lo único que le interesa.

Cuando los padres rompen esta cómoda rutina del adicto, logran que se encuentre despojado de algo que le era muy necesario, aprenda a valorarlo como una pérdida importante, recapacite y se avenga a cambiar. Este tipo de medida tiene un efecto contundente y es que cuando los padres dicen "no" y lo dicen en serio, están poniendo un límite muy concreto, distinto a los que le ponían hasta ese momento. Ante este límite real, cuando el hijo vuelve a conseguir droga, aparece un sentimiento de culpa y el efecto de la droga ya no es tan

placentero como antes. Desde algún lugar de la conciencia está operando el “no” que le impusieron los seres queridos. Cuando los padres lo echan de la casa el mensaje que recibe el adicto es “nosotros no vamos a ser cómplices de tu muerte, te queremos tanto que preferimos el dolor de apartarte de nuestro lado con tal de verte sano. Y tenes que saber que únicamente te vamos a recibir cuando hayas decidido cambiar”.

Este hecho logra lo que podríamos denominar una especie de electroshock psicológico. Sacude al adicto, lo hace recapacitar y lo lleva a pedir ayuda para salir del infierno en el que está metido. A continuación se lo condiciona con reglas de comportamiento que no debe transgredir. El no-consumo es la condición número uno y para poder cumplirla debe someterse a un tratamiento.

Si los padres se muestran inflexibles en el método descrito, logran incluir al hijo adicto en un programa adecuado, y lo acompañan mientras dure el tratamiento y en el período de reinserción social, la probabilidad de recuperación es alta.

Aunque resulta difícil de asumir, la medida de expulsar al adicto del seno familiar para obligarlo a reaccionar y para que sepa que únicamente va a ser aceptado cuando decida curarse, hace mucho tiempo que se aplica. Alcohólicos Anónimos propugna desde hace años este tipo de estrategia y en las comunidades terapéuticas ha dado excelentes resultados.

El adicto desea y valora al grupo familiar. Aunque demuestre lo contrario, quiere volver a formar parte de él. Además, cuando toma contacto con la miseria que está viviendo —sólo, abandonado por los padres, sucio y desaliñado— vive la expulsión del hogar como una pérdida importante y esto lo lleva a recapacitar.

Este tipo de estrategias es el indicado en el período de la “luna de miel” con la droga ya que luego se producen las situaciones límite naturales. No obstante, no se descarta la aplicación en el último período si el adicto no está convencido de que debe cambiar.



No obstante pasemos de la teoría a la práctica y conozcamos testimonios de padres y familiares, tanto de Argentina como de Uruguay, que con firmeza vencieron a la droga.

Marcelo, padre de Tomás.

“Soy médico cirujano y mi mujer es psicóloga. Tomás, en la época difícil era paseador de perros y tocaba en un grupo de rock. Según él, era punk por su filosofía. Quería ser libre, consumir drogas, tocar música y estar en la calle. No entendía la vida que hacíamos de levantarnos temprano y laburar todos los días. Pasaron 3 años fundamentales sin dar en la tecla. Lo llevamos a psicólogos, sacerdotes y médicos, pero nada. Hasta que una día, dimos por recomendación de un conocido que había sacado a su hijo de la droga con la gente de Fundación Manantiales. Ahí nos orientaron, hasta que a través de una intervención judicial, que quedo en suspenso, logramos que se internara.

Al cabo de un tiempo, Tomás hizo abandono de tratamiento, a pesar de la contención tanto del equipo como la nuestra. Nos mantuvimos firmes y a pesar de su enojo no le abrimos la puerta. Estuvo por ahí, vio a todos sus compañeros de consumo, ex novia, etc. Al cabo de unos días volvió a su casa. Lo recibimos con la condición de volver al tratamiento el lunes (era fin de semana). Estuvo durmiendo en el living en un colchón, ya que su cuarto había sido desarmado antes de internarse. Estuvo sin privilegios hasta que realmente retomara lo que había comenzado. Ese lunes se interno nuevamente. Hoy 14 meses después es otra persona y nos agradece la firmeza con que lo tratamos, porque él no tenía voluntad de vivir. Cambió y podemos decir que es otra persona, alguien que nos ama, se ama y ama la vida.”

Olga, madre de Carlos.

“Soy Olga y mi hijo, Carlos, de 17 años, era adicto a la pasta base. Durante mucho tiempo no supe como resolver este problema. Estaba desesperada y, como él no quería realizar un tratamiento para recuperarse, llegué a hacer cualquier cosa para protegerlo.

Lo encerré en mi casa para que no salga a comprar drogas y en su lugar iba yo a la villa a conseguírsela. Dos veces me robaron y una vez casi me lleva la policía. Carlos me demandaba cada vez más y, en vez de mejorar, la situación empeoraba. La violencia llegó a mi casa y fue ahí cuando me di cuenta que no podíamos seguir así. Averigüé y pedí ayuda en Fundación Manantiales. Dada la negativa de mi hijo y el peligro que corría me aconsejaron hacerme una protección de persona para que un juez actúe en mi favor. Empecé a concurrir a los grupos para padres y entendí que no estaba ayudando a mi hijo con lo que hacía. Al no soportar más la violencia, eché a Carlos de mi casa y lo dejé en la calle.

Fue la única manera para que aceptara comenzar un tratamiento así que fue internado en la comunidad terapéutica de San Miguel. Los primeros meses fueron muy duros. Nunca me imagine que iba a pasar por eso y me sentí muy culpable por haberlo echado al principio que consuma marihuana, minimizando sus consecuencias. Carlos también me culpaba por su enfermedad y por haberlo echado e incluso llegó a decirme que no quería verme nunca más. Por suerte, después de un tiempo mejoró muchísimo y recapacitó acerca de su condición. Al estar estable me agradeció por salvarlo. Una vez, pensando que ya estaba bien quiso dejar la comunidad, pero tuve que ser firme y no lo deje irse hasta estar totalmente seguros.

El día de su graduación fue un día muy feliz y nunca voy a olvidar la emoción de Carlos y sus palabras de agradecimiento hacia mí y hacia Fundación Manantiales.”

Constanza, madre de Federico.

“Mi hijo, Federico, de 19 años hoy está internado y recuperándose. Es necesario que pueda describir los pasos que nos condujeron hasta esta instancia.

Mi hijo consumía sustancias de todo tipo: cocaína, marihuana, y distintas pastillas que conseguía tanto por amigos como hasta en la farmacia del barrio.

Por supuesto que él llevaba consumiendo desde hacía un tiempo y quizás yo, por estar ocupada en mis otros hijos, mi trabajo, descuidé mi rol o me vi superada por otras cuestiones o no supe pedir ayuda a tiempo.

Hasta que luego de varias conductas trasgresoras, discusiones y fracasos, decidí insistirle en que debería hacer un tratamiento.

Empezó con un tratamiento ambulatorio sin conciencia de su situación ni de su enfermedad, tampoco de la peligrosidad de su adicción, ni del riesgo al que se estaba exponiendo. Ya no estudiaba, había dejado su trabajo y sus amigos eran solo compañeros de consumo.

Fue una etapa difícil, en las terapias nos costaba mucho entendernos, escucharnos y ponernos cada uno en el lugar del otro. Mi hijo seguía consumiendo y ocultando su malestar.

Luego de unos meses y ya instalados en el dispositivo de la Fundación, empecé a asistir a todos los espacios terapéuticos, en especial al Grupo de Padres. Ahí me di cuenta que no era la única que atravesaba esta situación, que había más casos como el mío y que mi hijo y yo no estábamos solos. Me sentí contenida, escuchada. Aprendí a utilizar mi rol de madre de manera responsable, me di cuenta de la importancia de los límites y de cómo me costaba mantenerme firme frente a lo que luego y pasadas varias terapias, descubrí que eran "manipulaciones" de mi hijo.

Frente a su consumo y a pesar de que avanzábamos en el tratamiento ya que mi hijo había aceptado de alguna manera nuestra ayuda, la terapeuta propuso que lo mejor sería que se internara ya que el consumo no cesaba ni yo podía contenerlo como era necesario.

Fue otra decisión difícil: me costaba reconocer que mi hijo estuviera mejor en otro lado que no fuera en mi casa o conmigo. Siempre fui muy sobreprotectora y tomar esa decisión me generó culpa pero luego entendí que esa indicación terapéutica reorganizaría a toda mi familia y que todos deberíamos cambiar algo.

La primera etapa fue vertiginosa y sorprendente: mi hijo se adaptó, estaba contento, entusiasmado, de pronto "hacía todo bien".

Un tiempo más tarde, me llamaron de la Fundación para avisarme que Juan había interrumpido el tratamiento. A pesar de lo angustiante de la situación me sentí tranquila porque mi hijo volvió a casa, es decir, en el camino se "había dado cuenta" de que su lugar era dentro del tratamiento y no en mi casa ni en la esquina de mi casa, ni en ese barrio donde consumía.

Fue un fin de semana de aprendizaje: Mi hijo estaba suficientemente fortalecido y sobre todo, se veía en él que estaba arrepentido que tenía que volver al tratamiento, entonces utilicé lo aprendido, lo escuchado en los grupos, las indicaciones de las terapeutas, los consejos de los padres. Me di cuenta que podía ponerle límites y también que él mismo podía y que su experiencia en la Comunidad estaba marcada.

Ese fin de semana, hablamos, lloramos, lo pude contener y él mismo pudo reconocer que lo aprendido en la Comunidad podía ser utilizado en su vida. Se puso límites, siguió en casa la misma rutina de la Comunidad, se levantaba a hora, hacía su cama, estaba atento y colaboraba. Esto en mi hijo, es sin duda, una novedad y un progreso muy importante, en especial, porque quería volver a la Fundación y terminar algo por primera vez en su vida.

Mi hijo se decidió a seguir y terminar su tratamiento, lleva seis meses internado."

Mariela, mujer de Juan Pablo.

"Mi marido está internado hace dos meses en la sede de Capital Federal. Un sábado a la tarde me llama el operador diciéndome que mi marido se quería ir. Me pasa el teléfono, y mientras salía de mi casa, y me tomaba un taxi para ir a la fundación, le iba hablando: "¿Adónde te quieres ir? ¿Vos te acordas de todos los días que dormías en la calle y de todas las veces que tuve que salir a buscarte? Él ni se imaginaba que yo llegaría en menos de 15 minutos. Llegué y cuando me vio, siguió insistiendo en que se quería ir porque no aguantaba más. Esa situación me sacó. Me senté en el umbral de la puerta de la institución, y desde ahí le decía que mientras yo esté ahí no iba a poder salir, que me tendría que empujar o pegar para que yo saliera.

Gracias a los grupos multifamiliares y a las terapias, que me fueron fortaleciendo, pude ponerle límites y no dejarme vencer por su manipulación. Le pude decir que si se iba del tratamiento, me mire bien la cara, y que recuerde bien la de sus cuatro hijos, porque no nos iba a ver nunca más. Que si se iba, piense bien a donde iba a ir porque yo no le iba a abrir la puerta, ni darle nada de nada. Luego de quedarse un rato callado, me dijo que se iba a quedar, y no sólo eso, me pidió disculpas y me dio las gracias."

Silvia, madre de Pablo.

"Lograr que mi hijo inicie un tratamiento para recuperarse de su adicción no fue nada fácil. La situación se iba agravando poco a poco. Noté como cambiaba su conducta, era intolerante y violento con sus hermanos y llegaba a cualquier hora a casa. Mi marido y yo nos separamos hace 5 años y cada vez que yo intentaba poner un límite a su conducta, mi hijo escapaba a la casa de su padre donde era acogido, y viceversa. Mientras nosotros discutíamos echándonos culpas, su consumo crecía más y más. La situación continuó así durante largos meses.

Hablar con él era como hablar con una pared. Pero el día que llegó a mi casa una citación que acusaba a mi hijo de participar de un robo sentí que ya no podía sola, que mis palabras no bastaban para ayudarlo. Mi hijo estaba destruyendo su vida por el consumo de drogas y ni siquiera se daba cuenta.

Lo primero que hice fue ir a hablar con su padre, para que me acompañe a buscar ayuda profesional. En principio me dijo que yo estaba exagerando y me trato de loca. Con mi insistencia accedió. Recorrimos lugares, buscamos información. Así llegué a Fundación Manantiales, donde mi hijo está internado ahora. Aquí me escucharon y me guiaron en su recuperación. Me ayudaron a entender que a pesar de las diferencias que hubiera con el padre, debíamos unirnos en un objetivo común: recuperar la salud de nuestro hijo. Y así lo hicimos.

Pese a las diferencias, acordamos poner un límite preciso: ya no habría más dinero, más zapatillas nuevas, más lugar ni en casa de su padre ni en mi propia casa para él sino iniciaba el tratamiento. No fue fácil el comienzo: se quejaba de todo, se enojaba con nosotros. Pero haberme hecho fuerte fue lo que permitió el inicio de un cambio. Mi hijo no consume hace meses, ya no se comporta tan violento ni tan extraño con nosotros como antes, habla y escucha más, y se ríe con más frecuencia. Y en los momentos en que compartimos un mate cuando vamos a visitarlo, reconoce que no podía sólo, que nuestro esfuerzo y firmeza eran necesarios para que pudiera empezar a tomar conciencia de lo que le pasaba.”

Mónica, hija de Raúl.

“Qué difícil transmitir lo que siente una hija que prácticamente convivió toda la vida con el alcoholismo de su padre. Mi papá tiene 60 años y hace 30 que consume. Al principio lo hacía en reuniones familiares, luego durante la semana, llegando incluso a ponerse violento con mi madre. Recuerdo estar en 2º o 3º grado ya pensando con qué me encontraría cuando volviera a casa, y eso me asustaba. No entendía cómo mi papá podía cambiar tanto “por unos vasitos como decía él”. Era increíble que todos pudiéramos ver tan claramente cómo se destruía la familia, excepto él. Esa confusión fue creciendo con los años y parecía como que dos hombres diferentes convivieran dentro de él. Intentamos varias veces que empezara un tratamiento, sabíamos que tenía un grave problema con el alcohol, y me enojaba escuchar que él lo minimizara diciendo que nosotros exagerábamos. En los últimos años, se enfurecía cada vez más cuando tratábamos de frenarlo, le hablábamos de mil formas diferentes y él seguía negando tener un problema. Se escudaba en que él no recordaba lo que hacía y que seguramente nosotros le mentíamos para que se asuste.

Pero un día ocurrió algo que nos dio fuerza para tomar una decisión: nos llamaron por teléfono diciendo que mi padre estaba en la calle, todo golpeado. Siempre salíamos "al rescate", porque sabíamos con mis hermanas que papá se ponía agresivo y buscaba problemas, pero esta vez fue diferente: vi a mis propios hijos angustiados, temblando, preguntándome si el abuelo estaba muerto. Ahí me di cuenta que no faltaba mucho para que recibiéramos ese llamado. Tomé la determinación de que esa era la última vez que saldría a buscarlo, ya que incluso exponía a mi marido a situaciones de riesgo al entrar a barrios peligrosos. Esa misma noche busqué en Internet y encontré a Fundación Manantiales.

Por supuesto mi papá no quería saber nada, pero nos vio a todos tan cansados y firmes que comenzó un tratamiento ambulatorio. Yo sabía que no iba a poder mantener la abstinencia, ni respetar las normas, pero ya que comenzara un tratamiento era más que positivo. Durante meses se estuvo quejando, que no sabía de qué hablar, que era muy lejos, que él no estaba loco como para hablar con una psicóloga y no necesitaba un tratamiento. El primer tiempo no tomaba, estaba tranquilo, hablaba mucho conmigo, con mis hermanas, jugaba y podía disfrutar de sus nietos, algo que nunca había podido hacer. Todos sentíamos que estábamos recuperando al papá afectuoso (que teníamos cuando no tomaba), y los nietos estaban "conociendo" a un abuelo que no les gritaba, ni los retaba, un abuelo que por primera vez los llevaba al colegio.

Finalmente, luego de un tiempo la enfermedad volvió a ganar, y sentí como si un huracán arrasara con todo lo positivo que habíamos conseguido como familia. Sólo que esta vez no estábamos dispuestos a permitirlo. Nos juntamos todos y hablamos con él para que se interne, le mostramos que sólo no podía dejar el alcohol, que necesitaba un tratamiento más intensivo.

Al principio se resistió muchísimo, intentó manipularnos con una segunda oportunidad sin hacer tratamiento, pero nosotros ya identificábamos todo esto gracias a las reuniones de familia, las terapias y seguíamos firmes. Él se escudaba en que tenía 60 años y no lo podíamos obligar. Le explicamos que sí podíamos internarlo a pesar de su edad porque lo amábamos y ya no seríamos cómplices de su enfermedad. Le recordamos todo lo bueno que le venía dando el tratamiento, cómo mejoró la relación familiar, lo bien que estaba él, lo contentos que estaban sus nietos y, fundamentalmente, le pusimos un límite no sólo desde la palabra sino desde la acción que íbamos a tomar: "si vos te internas, vamos a seguir todos juntos apoyándote como familia, pero si no lo haces a casa no volves".

La verdad es que, llegar a decirle eso fue muy angustiante, uno siente que lo está dejando sólo pero sabíamos que de otra forma no se internaría, y dio resultado ver que "no aflojábamos": hoy hace 9 meses que está internado, es consciente que tiene un problema que marcó la vida de todos, y no quiere que eso vuelva a suceder. Por supuesto, que ha tenido deseos de irse,

dice que lo cansa el sistema, que él ya es grande para esto...a lo que nosotros le respondemos que esta es la única opción para empezar una nueva vida, ya que todavía tiene mucho para dar y disfrutar.”

Mirta, mama de Fabricio.

“Mi nombre es Mirta, tengo 42 años, tengo un hijo de 25 años, Fabricio. El está realizando actualmente tratamiento de internación en CTU y anteriormente realizó tratamiento ambulatorio, en la misma sede.

Cuando vinimos a la entrevista de admisión, porque yo lo acompañé, nos dijeron que por sus características, el tendría que internarse, pero el no quiso saber nada. Y la verdad es que en ese momento yo tampoco quería internarlo, tenerlo afuera de casa, creí que no lo iba a soportar. En ese momento rechazamos la propuesta de internación y comenzó el tratamiento ambulatorio, el cual realizamos durante un tiempo. La verdad es que durante ese tiempo yo comencé a asistir a los grupos de familiares, donde aprendí muchas cosas, por ejemplo a ponerle límites, a no dejarme manipular, aprendí a decirle que no a muchas cosas.

Frente a estos cambios míos como mamá, él se puso más rebelde, más desafiante, y seguía consumiendo. Hasta que un día las terapeutas nos citaron y nos dieron la indicación de que Fabricio debía internarse ya que el tratamiento ambulatorio no estaba siendo suficiente para él. Para este entonces yo ya no era la misma mamá que lo acompañó por primera vez a la admisión. Esta vez supe que sería lo mejor intensificar el tratamiento, con todo lo que ello implicaba para toda la familia, especialmente para mí, pero era la única solución posible. El se negó rotundamente pero yo me puse firme y le dije que si no lo hacía, en casa no iba a poder quedarse. Me miró sorprendido y muy enojado. No le dejé opción.

Al principio cuando venía a visitarlo, me decía que se quería ir, que extrañaba mi comida, la casa, pero yo me mantuve firme en que debía permanecer en el tratamiento. Hoy ya hace unos meses que mi hijo está internado y estamos todos mucho mejor. Ahora puede pensar y darse cuenta de muchas cosas.”

Sara, madre de María Sol.

“Quiero contarles parte de mi historia. Mi única hija María Sol fue siempre una dulzura, muy cariñosa pero muy caprichosa. Le dimos todos los gustos, todo lo que pedía se lo brindábamos. Tanto mi marido como yo no quisimos que jamás le falte nada ni que sufra como hemos sufrido nosotros.

Maru empezó a salir con un chico que no nos gustaba mucho porque sabíamos que tomaba mucho alcohol cuando salían y temíamos que no pueda cuidar bien a nuestra hija. Luego nos enteramos que la golpeaba, nos costo mucho hacerle entender que no era para ella. Tal es así que lo eligió a él y se fueron a vivir juntos. Estuvo casi un año y un día volvió golpeada en la cara y con un dedo de la mano fracturado.

Tenía 23 cuando regreso a casa, casi no tenia comunicación con nosotros, pasaba horas encerrada en su cuarto, hablaba por teléfono y salía todos los fines de semana y llegaba muy tarde. Nosotros por temor a que se vaya nuevamente le seguíamos permitiendo todo, sus llegadas a cualquier hora, sus mentiras y sus agresiones. Nuestra vida se convirtió en un calvario, con mi marido discutíamos por Maru todo el tiempo, no sabíamos que hacer. Después llego lo peor, nos llamaron una madrugada del hospital para informarnos que mi nena estaba internada. Allí nos enteramos que Maru se drogaba, estaba sumamente intoxicada. No lo podía creer, pensé una y mil veces que hice mal, porque mi única hija se estaba lastimando de este modo. No sabia que hacer.

Una tarde cuando fui a hacer las compras, un chico se acercó y me entregó un volante de Fundación Manantiales, centro de recuperación de adicciones. Llegué a casa, dude y dude pero llamé. Comencé a participar de los grupos para las familias y empecé a fortalecerme. Gracias a esto, un día me anime, me puse firme y como por arte de magia todo empezó a encaminarse.

María Sol estaba muy deteriorada, no aceptaba ningún tipo de límites, una noche llego 2 horas mas tarde del horario que le habíamos marcado mi marido y yo. Una de las tantas veces que no cumplía pero esta vez nosotros actuamos diferente, antes entraba, le decíamos de todo y ella pegaba un portazo y se iba a dormir. Esta vez no le abrimos, cumplimos con lo que le habíamos anticipado, "si no venís a horario y en condiciones no entras". Con todo nuestro dolor estábamos llorando del otro lado de la puerta pero pudimos sostener nuestra postura, habíamos entendido que la forma que teníamos de manejarlos con nuestra hija había sido equivocada por años. A partir de esto todo cambio, ella misma al día siguiente nos pidió ayuda y la internamos.

Ahora si podíamos ayudarla, teníamos autoridad para hacerlo. Hoy en día seguimos aprendiendo a ser mejores padres."

Jorge, padre de Facundo.

"Facundo consumía desde los 18 y no me daba cuenta. Había cambiado de amistades, mentía constantemente y no podía cumplir con sus responsabilidades. En el ultimo año había cambiado

de trabajo 5 veces. Siempre encontraba alguna justificación, no me pagaban bien, es muy rutinario, falta plata de la caja y me hicieron una cama para culparme, etc.

Este año tuve la idea de que venga a trabajar conmigo en el reparto. La primera semana cumplió, la segunda le costaba levantarse y la tercera me falta plata de la recaudación. Realmente ahí tome conciencia de lo mal que estaba mi hijo. Hablé con él y me dijo que consumía marihuana porque le gustaba y que no iba a dejar de hacerlo y que yo era de otra época y exageraba.

Soy un hombre que tiene valores y no podía tolerar que mi hijo se estuviese drogando. Yo sabía que él quería seguir manteniendo el trabajo, porque era mas fácil trabajar conmigo que en otros trabajos que no podía sostener. Entonces se me ocurrió plantearle que no podía trabajar más conmigo porque no cumplía. Obviamente aparecieron sus promesas pero esta vez no se las acepte. Le planteé que si quería seguir viviendo en casa y trabajar conmigo tenía que empezar un tratamiento. Al principio no quería saber nada pero luego acepto y actualmente está haciendo un tratamiento ambulatorio y ya ha tenido muchos cambios, incluso se inscribió para empezar la facultad el año próximo."

Sergio, papa de Marcos

Marcos, mi hijo, tiene 19 años. Llegamos a Fundación Manantiales después de una serie de tratamientos fallidos a causa de su adicción a la pasta base.

En el momento que se realiza la admisión nos dicen que tenía que realizar un tratamiento bajo la modalidad de internación, al cual se negaron rotundamente él y mi mujer. Después de unas entrevistas con nuestra terapeuta familiar finalmente accedió a realizar un hospital de día y tras largos y difíciles 15 días estando con su madre se escapa regresando al día siguiente muy deteriorado, sin su ropa y habiendo pasado situaciones de extremo peligro.

Ana María, mi esposa, no quería saber nada con un cambio de modalidad ya que le daba mucha tristeza que nuestro hijo no esté casa. Marcos por su lado se escudaba tras su madre para no realizar un tratamiento de mayor intensidad.

Mientras tanto yo seguía concurriendo a los grupos de padres, en los cuales sentí que no era el único que estaba atravesando por esta situación, y con mi terapeuta comenzamos a trabajar la rivalidad que había entre mi mujer y yo. Lo cual no nos permitían poner límites claros a nuestro hijo.

Si bien las fallas en la comunicación a nivel familiar siguieron estando, a medida que pasaban los días empezamos a tomar más conciencia de ellos.

Yo tome una actitud más activa en relación a la puesta de límites. A través de una acción que fue poner límites con firmeza y convicción logré que mi hijo aceptara realizar un tratamiento de internación. Si bien al principio no estaba muy convencido y lo hacía por una obligación, con el paso del tiempo dejó de ser algo impuesto y paso a ser una elección tomada por él."

Adela, mujer de Antonio.

"Mi marido consumió cocaína durante 3 años, pero yo tardé mucho en poder darme cuenta, en aceptar esa cruel realidad. Algunos conocidos del barrio me lo venían diciendo, pero cada vez que le preguntaba a Antonio él me lo negaba terminantemente y yo como esposa me sentía en la obligación de creer en él.

Pero un día él volvió muy tarde a casa, y mientras se bañaba decidí revisarle los bolsillos, y encontré una bolsita de cocaína en su saco. Sentí que el mundo se me derrumbaba y se me vinieron a la mente todos los comentarios de personas que me venían alertando al respecto y yo descreía.

Ahí fue que lo enfrenté y tuve una pelea grande con él. Yo no sabía que hacer, ni cómo tratarlo, era un tema completamente desconocido para mí. Comencé a informarme sobre el tema y fue ahí donde conocí a Fundación Manantiales. Me puse en contacto y me orientaron sobre cómo proceder. Inicialmente comencé yo a asistir a las reuniones multifamiliares.

Después, más tranquila. Le planteé la posibilidad de que inicie un tratamiento. Yo estaba muy preocupada, angustiada, con bronca y dolida. Antonio empezó un tratamiento ambulatorio, aunque me dijeron que por sus características y su situación actual, él necesitaba un tratamiento con internación. Pero él no lo aceptaba poniendo diferentes excusas.

Al mismo tiempo que el ambulatorio, yo continuaba con los grupos y terapias familiares, todo eso me fue fortaleciendo, fui entendiendo cómo debía actuar y qué cosas debía hacer para ayudarlo. No fue fácil ya que muchas veces dudaba de que fueran efectivas las indicaciones que me daban, pero el tiempo y mi compromiso me hicieron ver que iba por el camino correcto.

En la Fundación, conocí muchas personas que estaban en mi misma situación. Algunas madres, padres, hermanos. Me sentí contenida y empecé a entender mucho más en profundidad el problema de mi marido. Entendí cómo tratarlo, como evitar que me manipule.

Y también entendí que el tratamiento ambulatorio no le servía. Antonio seguía llegando tarde, y seguía con todos los síntomas del adicto. Gracias a las herramientas e información incorporadas, ahora podía darme cuenta cuando él había consumido. Si yo no tomaba la decisión y me mostraba firme, él iba a seguir consumiendo sin importarle nada de la terapia ambulatoria.

Por eso, un día lo enfrenté y me puse firme. Le dije que se tenía que internar o se iba a de mi casa. Él trató de manejar la situación, como siempre. Pero yo insistí en que quería que se fuera de la casa esa misma noche, y no me importaba nada. De hecho, realmente no estaba actuando: no quería estar con él así. Y no aguantaba saber que él no quería aceptar que tenía una enfermedad.

Antonio aceptó internarse, aunque no estaba convencido. De hecho, no quería hacerlo. Lo hizo sólo porque yo lo puse entre la espada y la pared. Pero a los pocos meses de internación, aceptó que estaba enfermo y encaró su recuperación con responsabilidad.”

Maria, mama de Pablo

“Estoy casada con Juan, tiene 46 años y trabaja en la construcción, viaja mucho, pasa las semanas en el interior, solo está en casa los fines de semana. Tenemos un hijo único, Pablo, que tiene 18 años.

Es un problema tras otro, nunca termino nada, en la escuela me llamaban todos los días, porque si no era una pelea era otra cosa. En el liceo no llego a terminar 1º, lo empezó tres veces. Si supieras lo inteligente que era, pero esa inteligencia no la usa para nada productivo.

Últimamente no dejaba de entrar y salir de casa, salía bien vestido, con ropa de marca que yo le compraba y volvía con bermudas y chancletas. Siempre sucio y desordenado, no participaba de ningún almuerzo familiar, comía a cualquier hora. Hablaba mal, me insultaba, se escondía de mí.

Estuve tan perdida, mi hijo ya no era el mismo, como que me lo hubieran cambiado. Sin expectativas de futuro, sin interés por nada, ni trabajar, ni estudiar. Mi casa era un caos, yo trabajaba en muchas casas para poder comprarle todo lo que mi hijo me pedía, discutía con el padre, el me decía que yo lo consentía mucho y que no le pedía nada a cambio.

Me llevo mucho tiempo entender lo que nos estaba pasando, mi hijo se estaba drogando. El padre en un intento de cambiar las cosas lo llevo a trabajar con el, fue bien unos días, luego una noche faltaron herramientas del trabajo, un compañero del trabajo vio que había sido Pablo.

Frente a este hecho, el jefe del trabajo le hablo a mi esposo y le explico sobre el tratamiento en Fundación Manantiales. Yo no entendía mucho, pero estaba desesperada. Pedimos una entrevista y cuando estábamos por ir, Pablo se fue.

En esa entrevista pudimos entender que nos estaba pasando, nos explicaron como debíamos actuar frente a nuestro hijo para poder recuperarlo. Pasaron dos días en los que no supimos nada de Pablo, hasta que apareció, nos sentamos los tres juntos y conversamos.

Le explicamos que así no podíamos seguir y que si no se internaba se fuera para la calle y no volviera. Reacciono mal, se fue y por 6 días no supimos de el. No lo fuimos a buscar y seguimos participando de las reuniones para padres en la Fundación, fue un gran apoyo en esos momentos tan difíciles.

Nos encontramos con otros padres que habían pasado por cosas parecidas a las nuestras. Nos contaron como habían actuado ellos, como lograron terminar con su propia pesadilla y recuperado a sus hijos. Los padres y las terapeutas que coordinaban el grupo nos dieron herramientas para manejar la situación. Entendimos en que nos estábamos equivocando.

Una noche vino y golpeo la puerta, nos pusimos firmes, no le abrimos. Al otro día volvió y acepto la propuesta de tratamiento”

Carlos y Susana, padres de Pedro.

“Mi nombre es Carlos, mi esposa se llama Susana, somos los papas de Pedro. El tiene 22 años y hoy se encuentra en tratamiento desde hace 7 meses. El proceso que vivimos no fue nada fácil, somos una familia tipo, ambos trabajadores, tenemos otro hijo mayor que Pedro, que estudia en la Facultad de Medicina. Hoy en día estamos entendiendo que fue lo que nos paso cuando creíamos que todo iba bien.

Hace un año empezamos a notar conductas y actitudes raras en nuestro hijo como por ejemplo que no cumplía horarios, decía que venía a una hora y venia a otra, empezó a estar desprolijo, a no comunicarse con nosotros y evitaba los momentos en los que nos juntábamos a comer en la cena, los domingos no estaba o estaba durmiendo, los amigos que tenía ya no eran los

mismos, estaba de mal carácter todos los días, no se le podía decir nada que todo era un problema y una discusión en la que él tenía la última palabra y pegando un portazo se iba de la casa.

Luego empezaron a faltar cosas de él y cuando le preguntábamos nos decía que lo había prestado o que no nos metiéramos en su vida. Todo esto fue creciendo con el tiempo hasta que las mentiras y la falta de cosas de nuestra casa se hicieron evidentes. Llegamos a sentir miedo de nuestro propio hijo y de lo que podía pasar. Nos confesó que estaba consumiendo pasta base, que no necesitaba ayuda, que él solo podía y éramos nosotros los que agrandábamos las cosas.

No sabíamos que hacer ni cómo manejar la situación así que empezamos a buscar ayuda. Comenzamos por escuchar nosotros y aprendimos que podíamos hacer cosas para ayudarlo aunque él no quisiera. Le planteamos que había un lugar donde nos podían ayudar, pero nos decía no lo necesitaba, que no está loco y que no iba a ir a ningún lado. Nosotros seguimos yendo a terapia y nos empezaron a enseñar cómo poner algunos límites para poder acercarlo y fuimos estableciendo las pautas que íbamos pudiendo. Las cosas no fueron fáciles e incluso tuvimos que llegar a poner un límite que creíamos que no íbamos a poner: echarlo de casa. Le dijimos que hacía un tratamiento o se iba de casa, que lo queremos mucho pero no queríamos ser cómplices de su destrucción.

Fue muy difícil y doloroso, hable yo porque Susana no podía, nos habíamos puesto de acuerdo en lo que íbamos a hacer, estábamos juntos pero ella no podía hablar. Pedro nos dijo que se iba, sentimos que se nos venía el mundo abajo, se fue y pasaron 3 días que no sabíamos nada de él, ni donde estaba, si había comido, si tenía frío, etc. Al tercer día, volvió pidiendo que lo dejáramos entrar, que quería volver, lo escuchamos y le dijimos que esta era su casa, que lo queríamos sano y que él sabía cuáles eran las condiciones para volver. Nos dijo nuevamente que no quería tratamiento y que él solo iba a poder y nos hizo un montón de promesas. Tuvimos que ser fuertes y con la ayuda que estábamos recibiendo entendíamos que lo que él nos prometía no lo iba a poder sostener y le dijimos que se tenía que volver a ir. Se fue y pasaron 3 días más hasta que volvió pidiendo que lo ayudáramos, que no nos quería perder y que estaba dispuesto a dejarse ayudar, que no quería más la calle.

Hoy a 7 meses de aquellos días, la seguimos luchando pero juntos. Hace 2 meses atrás, en una terapia de familia, nos agradeció por aquel día en el que le pusimos el freno que él no podía ponerse."

Karen, tía de Leo

“Soy la tía de Leo, que ahora tiene 19 años, él vivía conmigo y mi esposo desde los 12 años. A los 14 años empezó a drogarse y lo tuvimos que hacer internar por medio judicial en Fundación Manantiales.

Mi sobrino vivía en un mundo ajeno a la realidad, no dormía, no comía, no estudiaba, no compartía las cosas cotidianas de la vida con ningún integrante de su familia. Era con sus “amigos” con quienes compartía la mayor parte del tiempo haciendo lo que pudiera para tratar de consumir drogas a cualquier precio: mentir, robar y negar rotundamente que consumía drogas.

Al principio era marihuana, siguió con cocaína, éxtasis, pastillas con alcohol, y hasta poner la cabeza en un tanque con nafta para saciar su desesperación por las drogas.

Y esto duró 3 años. Me sentía impotente, esto era una dura y prolongada lucha, ya que si bien le poníamos límites, raras veces lográbamos que los cumpliera, hasta que mi familia tocó fondo y decidí que se fuera de casa o que se resolviera una internación. Hasta tuvimos que denunciarlo y fue ahí que el juez determinó la internación. Obviamente la internación fue contra su voluntad, pero toda la familia actuó en bloque y le dijimos que era la única opción o nos perdía.

Durante la internación, nos dimos cuenta que fue de vital importancia involucrarnos con el tratamiento, ya que él nos decía que podía salir solo de las drogas, y como yo no entendía del tema, el equipo nos ayudó a abrir los ojos de que esto es una enfermedad. Tanto yo como sus padres nos apoyamos en las directivas de Manantiales. Yo logré reaccionar, ponerme firme y decirle que estaba dispuesta a todo, incluso a no volver a verlo si él abandonaba el tratamiento o volvía a drogarse.

Hoy les digo que mi sobrino está muy bien, tranquilo, recuperó el peso, el hábito de dormir, como también la sonrisa que hacía tiempo que no veíamos en su cara, volvió a ser el joven que era antes de la droga.

No me resultó demasiado fácil imponer las nuevas reglas de la casa cuando volvió, pero recordaba paso a paso lo que los técnicos me enseñaron durante el tratamiento, y si en algo titubeaba sabía que llamando a nuestra terapeuta tendría respuesta y apoyo para no volver a cometer los errores que tanto nos costó superar.

Manantiales no solo es simplemente una fundación para mí y mi familia, Fundación Manantiales es todo lo que una familia puede esperar para la recuperación de un hijo con adicciones. Al

principio nos parecía un régimen militar por lo estricto que era, pero al poco tiempo entendimos todos, incluso Leo, que los límites firmes que allí imponían fue lo que nunca hicimos y lo que él necesitaba.”

Mariana, mamá de Sofía

“Mi hija de 19 años de edad dejó de ser la chica brillante y modelo, que nos llenaba de gratificaciones. Creo que se cansó de ser la chica buena y empezó a consumir sustancias. Hizo muchas cosas increíbles, pero su inteligencia siempre la sacaba adelante. Cada día eludía más responsabilidades y era peor que el anterior. Así llegó la marihuana, y luego el clonoten (obviamente recetado), y otras. Dio exámenes drogada, y así y todo se salvaba.

Comenzó el periodo de lucha desigual contra las drogas, yo no sabía a que me enfrentaba, no queríamos reconocer que era adicta. Mi hija, muy capaz y llena de talentos, era diferente a lo común. Tal vez nosotros depositamos en ella demasiadas expectativas, sabíamos que iba a triunfar en lo que fuera, y ser la mejor.

Nunca pensé que podría encaminarse hacia el lado equivocado, nos preguntamos cuales podrían ser esos errores. Le enseñamos con ejemplo, no fumar, no apostar dinero, no beber alcohol, y menos aun pensar en drogas, nuestros valores cristianos siempre le fueron enseñados desde muy pequeña.

Yo pensé que podíamos, con ayuda de los hermanos y amigos, pero no pude, se lucho, pero mal, ella nunca acepto la terapia. Hemos estado con diversas psicólogos y psiquiatras, charlas con sacerdotes etc. Hasta que una amigo nos mencionó Fundación Manantiales. Me mencionaron los grupos de padres y comencé a participar de ellos. Allí empecé a poder poner límites. Al principio fue difícil porque se drogaba con todo: vendió todo y estuvo en situación de calle varios días, cambie tres cerraduras de calle, 2 cerraduras de placares.

Volvió un par de días después, y pude poner ciertas condiciones, sostenida por el equipo y los terapeutas. Primero fue retirar de casa las drogas, retirar los amigos que nos frecuentaban, y el comienzo del tratamiento.

En este momento todos estamos dispuestos a ayudarla en este proceso, nos vemos involucrados, la acompañamos, vamos a los espacios de terapia familiar y a los grupos. Queremos que se haga cargo de su vida, y salga adelante, hemos logrado adquirir mas autoridad como padres, sostenidos por los terapeutas, hemos ido recuperando autoridad para poner limites, mantener y exigir reglas, descubrimos a una hija, contenta y feliz, que continúa con su vida y piensa sobre su futuro.”

Patricia, madre de Marcos

“Pasaba mucha agua bajo el puente cuando llegamos a Manantiales, las historias son parecidas, se repiten los mismos patrones en el adicto y su familia. Marcos siempre fue diferente, hiperactivo, sensible, siempre llamando la atención y nosotros, los padres, envueltos en la vorágine de la vida mirando para el costado, preocupados en el bienestar económico y descuidando otros requerimientos, que a la larga prepararon el terreno para la entrada de la droga.

Vivimos la desesperación, la impotencia, la necesidad de negarlo todo, con la esperanza de amanecer un día y que los problemas hubieren desaparecido por arte de magia. Pero la realidad no es tan sencilla, y a la larga se convierte en un callejón sin salida, donde la única puerta posible es ocuparse del problema y “tomar el toro por las guampas”.

Decidí decir basta y dejar la complicidad echándole de casa y dejando como única opción la aceptación de la ayuda. Fue una decisión dolorosa, pero responsable, con el convencimiento de que era la única salida. Luego de eso la incertidumbre de no saber si estaba en lo correcto o no, pero confiando en la experiencia de los que saben y quieren ayudarnos.

Lamentablemente ellos tienen que caer bajo, tocar fondo, para dejarse ayudar. Allí es donde estamos nosotros para recibirlos, pero ahora con condiciones y sin dejarnos manipular, dando pasos firmes hacia la rehabilitación. Debemos enviar mensajes claros, debemos ser nosotros, los padres, los primeros convencidos en que éste es el camino correcto. No es un camino corto ni fácil, pero es posible con el esfuerzo y las ganas.

La adicción no se cura, pero se encausa a formas más sanas de vida, que permiten una armonía consigo mismo y con los demás. El primer paso para resolver un problema es reconocer que lo tenemos y trabajar duro para superarlo. Es posible una vida mejor, es posible ver nuestros hijos sanos, sonrientes, felices y con proyectos, debemos darles y darnos la oportunidad.”

Elsa, mamá de Nicolás

“Nicolás por distintos medios nos fue dando el aviso a la familia de la problemática que lo aquejaba, y si bien en el último período él se había vuelto más demandante en cuanto al dinero, nunca había llegado ni a vender ni a robar nada de casa ni de sus pertenencias. El detonante de la búsqueda de un tratamiento fue cuando sacó un dinero sin permiso.

Inmediatamente, nos comunicamos con una familia que uno de los hijos había recibido tratamiento en Manantiales e hicimos contacto con la fundación. Nos aconsejaron tener una

charla con él. La misma la llevamos a cabo su papá y yo diciéndole que sabíamos que el estaba consumiendo y que nosotros le podíamos ayudar mediante el pago de un tratamiento, le pusimos las cosas en claro y el aceptó tener una entrevista.

Ésta charla la tuvimos un día domingo, la entrevista la coordinamos por teléfono para el próximo miércoles y así viajamos para Montevideo, luego de la misma nos sentamos a charlar y ver que decisión iba a tomar él. Pienso que como el tema ya estaba hablado la decisión no le costó gran esfuerzo tomarla, y así fue que cuando volvimos a Rocha fue para hacerse los correspondientes análisis que exigía la internación. Nicolás nunca estuvo en situación de calle, nunca fue muy mala la relación con la familia y de hecho siempre tuvo, ha tenido y tendrá el apoyo que corresponde a toda familia dar a un chico o chica que está dentro de esta problemática. Por que aunque ellos rechacen la ayuda de nosotros en reiteradas veces, inconscientemente piden a gritos la ayuda que solo nosotros podemos brindarle acompañándolos en su tratamiento para que vuelvan a ser esas personitas que nosotros trajimos al mundo.

Quedó a las órdenes tanto yo como mi familia para poder prestar nuestro testimonio y poder ayudar con nuestro granito de arena para sacar a nuestros jóvenes de esa problemática que los lleva a una vida indigna y dolorosa.

Con ustedes desde el corazón: Elsa Delgado de Mego, mamá de Nicolás (Adicto en Recuperación) ¿Y de Manantiales que les puedo decir? Que es una gran familia con grandes profesionales que a uno lo llenan de contención, afecto en momentos muy difíciles.”

Adriana, madre de Santiago

“Trataré en forma breve nuestro testimonio de vida, aunque resulta muy difícil contar cosas tan tristes. Después de ocho meses más o menos de que mi hijo volviera a casa después de la internación comenzamos a ver cierto deterioro en las actitudes, nerviosismo, ansiedad. Comenzó una relación de noviazgo antes de estar preparado que no supo manejar y se vio superado por la dinámica familiar también.

En enero ya estaba totalmente descontrolado, ya desde agosto o septiembre lo habían suspendido de Manantiales porque ponía todo tipo de excusas para no ir a los grupos de los viernes. Lo obligué a ir a Narcóticos Anónimos, aunque sea para que tuviera alguna contención.

Un día me dí cuenta que era tan grave el asunto que lo llevé a un psiquiatra que le recetó dos medicamentos para bajar la ansiedad (medicamentos que después le recetó el psiquiatra de Manantiales también y que surtieron más efectos cuando estuvo "limpio")

Tenía todos los síntomas de abstinencia, ganas de vomitar, transpiración abundante, nerviosismo. El 26 de enero conseguí el teléfono de alguien de N.A. pues él me dijo que iba a un asado con ese grupo, y el hombre me dijo que no existía ese asado, y además que mi hijo iba a los grupos a veces y permanecía unos minutos y se retiraba. Por lo menos yo tenía otra actitud que antes no tuve, gracias a los grupos de Manantiales.

El 27 de enero fue al grupo obligado y yo desde afuera de aquella Iglesia lo llamé al celular y lo hice salir para corroborar que efectivamente se encontraba allí.

A las diez de la noche sentí que llamó a un muchacho del grupo y traté de escuchar lo que hablaban. Me pidió para ir a hablar con él y sospeché pues se habían visto en el grupo un rato antes supuestamente.

A los 10 minutos que se fue conseguí el teléfono de ese muchacho, lo llamé y me dijo que había ido por unos segundos y que él por el celular le había dicho que no lo usara de excusa para salir de su casa a hacer otras cosas.

Inmediatamente lo llamé y le ordené que volviera a casa, cosa que hizo inmediatamente. Mi reacción fue totalmente distinta a dos años atrás, lo tomé del brazo más allá de su metro ochenta de estatura y lo llevé a mi cuarto. Mi actitud desafiante, descontrolada pero "segura" lo asustó tanto que observé que me dio la espalda y escondió algo en su boca. Lo hice mostrarme la boca, en ese momento me di cuenta de lo pálido, súper delgado y mal que estaba. Dentro de su boca había escondido una pequeñísima cantidad de pasta base, envuelta en una puntita de una bolsa de nylon.

Perdí el control, agarré la maldita droga, lo agarré del brazo y lo llevé de arrastro hacia la vereda donde estaba la moto estacionada. Es tan rápido y tan fácil contar esto, pero tan difícil de realizar. Mi hijo, mi pequeño hecho "hombre" rogaba y lloraba que no lo echara, mientras la hermana de 16 le pegaba por todos lados y la hermana de 2 años lloraba desconsolada ante toda la situación.

Le preparé mientras él esperaba afuera algo de ropa sin darle lo más nuevo que tenía, eso por lo menos no se lo entregué y cometí el error de darle \$100 (error de madre desesperada) y lo mandé a la calle. Su hermana desesperada y llorando llamó al padre para que viniera y éste contestó que ya había tenido su oportunidad, que tenía 21 años que si quería morirse que se muriera.

Esa noche fue terrible e interminable pero, como ya sabemos los que vamos a los grupos y conociendo a mi hijo como lo conozco, apareció a las siete de la mañana, sin la plata, sin la ropa de la mochila y sin el casco de la moto. Llorando me rogó entrar y me dijo que se iba a internar de nuevo.

Esperé sin dormir, cuidándolo a que Patricio estuviera en la Chacra y lo llamé para contarle y enseguida me dijo que lo lleve. A las 10 llamé a la sede, consulté y gracias a Dios una gran amiga que además es vecina se ofreció para llevarnos hasta Toledo. Cargué ropa, sábanas, el ventilador, un acolchado y por último llevé hasta el auto a mi hijo que ni sabía donde estaba parado, pero que no puso ninguna objeción. Primero fuimos a la Sede y después fuimos a la Chacra. Recuerdo que hacían 40° y mi mente pensaba: "el 1° de febrero empiezo a trabajar nuevamente, esto vale la pena. Si dego pasar un día más pierdo a mi hijo."

Cuando llegamos a la chacra, entré callado, saludo al doctor y me escuchó en silencio y atentamente. Recuerdo que le dije al doctor, que en ésta recaída se encontraba solo, que existían otras personas aparte de él, su abuela, sus hermanas. Esta vez sería diferente, no asistiría a todas las terapias de la chacra como la primera vez, su abuela y sus hermanas no lo visitarían tan seguido en las comidas quincenales. Estaba solo esta vez....y me fui.

Hoy es 10 de septiembre y él volvió de la internación el 29 de mayo. Está trabajando y creo que ha hecho un trabajo personal muy positivo en ésta segunda vuelta. Está más maduro, aunque mantiene su personalidad y ciertas actitudes propias de la edad y de su personalidad.

Seguimos en lucha permanente, pero ésta vez dejándolo que trate de crecer, de madurar, de volar con responsabilidad, de asumir su vida con sus cosas lindas y las cosas feas que tiene.

De no poner excusas, de ver que todo no es rosa, que su familia es como es y no va a cambiar, que la vida es como es. Espero que éste relato sirva para que algunos padres desorientados, tomen conciencia y tomen decisiones. Recuerden "No hay que preocuparse, hay que ocuparse" como dice el lema de Manantiales."

Ana, mujer de Daniel

"Soy Ana. Tengo 39 años y hace muchos años que estoy luchando con el dilema de Daniel, mi marido; adicto al alcohol y a la cocaína. Cuando el se emborrachaba yo quería dejarlo, y cuando estaba sobrio; yo deseaba casarme con el y formar una familia. Me resultaba muy difícil soportar la frustración de no saber que hacer. Pasaba las noches buscando a Daniel en sus bares favoritos, y le rogaba que volviera a casa.

Era recurrente que él llegase ebrio a casa y llegó un punto que yo me había acostumbrado a vivir de esa forma, y que él estuviese en ese estado, pasó a ser algo normal para mí. Cuando la situación de crisis pasaba, mi ilusión de que dejaría el alcohol volvía a estar presente. Lográbamos que no tomara por dos o tres semanas, para luego caer en el mismo círculo vicioso.

Fue así que un día decidí que para seguir juntos, tenía que tratarse. No me importaba si quería o no hacerlo. Comencé las averiguaciones y finalmente me decidí por Fundación Manantiales. En los primeros contactos con los profesionales, si bien nos sentíamos comprendidos y que estábamos en el lugar correcto, nos costaba entender la dureza con que nos transmitían las cosas.

Me costaba mucho escuchar lo que me decían, me parecía muy estricta la forma en que los profesionales me planteaban claramente las soluciones. De un día para otro yo sentía que debía; sacar todas las bebidas alcohólicas de mi casa, ser contundente en el tema de las salidas, mi marido, que era un hombre independiente, no podía manejar dinero. ¿Cómo yo iba a lograr todo eso?

Yo para mis adentros me preguntaba, ¿qué estoy haciendo acá, con otras muchas personas desesperadas, lamentándose sus desgracias? Las directivas que nos daban resultaban prácticamente imposibles para mí de llevar a cabo.

El tratamiento lo fui haciendo, en ese entonces, un poco como me decían y otro poco como a mí me parecía debía hacerlo. Todo fue de esta forma hasta que llegó el día que no dormí durante tres noches seguidas; porque no sabía del paradero de Daniel.

Fue a partir de una llamada del sanatorio que me enteré que había entrado en un coma alcohólico y que si yo no cambiaba en serio, mi marido se perdía. Luego de dado de alta del sanatorio, y habiendo permanecido una semana en casa, casi sin salir, me plantea que va a visitar a su hermano (su compañero de copas). En ese momento, me acordé de mi terapeuta que me indicaba que fuese terminante con él y que no le diese más oportunidades, porque si le daba entrada nuevamente en mi casa, era su ultimátum.

Pude ponerme más firme que nunca con el apoyo de los profesionales de la Fundación, con la compañía de otras madres que ya habían pasado por esto y eran fieles compañeras de viaje y el apoyo de mi mejor amiga, quien estuvo al firme siempre. Cuando Daniel llegó esa madrugada a casa, yo no le abrí la puerta a pesar del escándalo que armó en el vecindario. No abrir ese día la puerta de mi hogar, fue la clave para hoy tener a mi esposo conmigo.

Ese día fue decisivo para que Daniel "tocara fondo". Gracias a esa distancia que yo pude poner y ese límite que logre sostener con el pasar de los días, mi marido recapacitó. Si él no hacía algo por él mismo, me perdía para siempre. No me olvidó más las palabras de esa terapeuta, que al principio la odié, y luego la amé.

Hoy entendí que es fundamental que nos vean a nosotros, los familiares de los pacientes, como aliados decisivos en el tratamiento de nuestros seres queridos. Me di cuenta que las alianzas positivas familiares refuerzan los logros de los pacientes. Hoy soy una convencida que gracias a los aprendizajes que adquirí en el tratamiento, yo logre ayudar a la persona que tengo al lado. Que no había otro camino mejor que el que transite. Y tome ese camino porque me lo enseñaron, me tendieron la mano, a pesar de todos mis tropezones."